

VIII Encuentro Nacional de Docentes Universitarios Católicos - 2015

Pbro. Lic. Hernán Pablo Fanuele

Pontificia Universidad Católica Argentina

PONENCIA:

Pensar la teología universitaria en facultades no teológicas:

Por un lenguaje atractivo que proponga el seguimiento

1. La interdisciplinariedad como presupuesto y fomento

Como punto de partida tendremos en cuenta la imposibilidad de plantear un discurso serio que no contenga en sí la apertura o capacidad de afectación generada por el encuentro con el discurso de otra disciplina.

Consideraremos, junto con los estudios de la hermenéutica contemporánea, que ningún tipo de lenguaje puede establecerse con la pretensión de exclusividad al señalar un objeto de modo pleno y definitorio. La especificidad no excluye otras miradas o relatos, más bien las busca para establecerse y consolidarse.

La misma realidad no permite el monopolio de una sola observación o la arrogación de una ciencia de constituirse como la única declarativa en el decir algo sobre algo.

Estos resultados tienen como fuente los aportes de la hermenéutica contemporánea, pero también son el resultado experiencial del ejercicio docente.

En el dictado de los cursos académicos de la teología en espacios de diversas carreras, he podido comprobar la intuición, como creo que todo teólogo lo ha hecho, que los contenidos teológicos solo se hacen *captibles* en la medida en que se hacen *digeribles*.

Utilizamos el término *captible* porque responde mejor a la dimensión de respeto y distancia frente al misterio. Se intenta evitar la terminología emparentada con la posesión de un conocimiento de modo exhaustivo, como si éste pudiera aprehenderse o capturarse.

Parfraseando a Anselmo en el capítulo II del *Proslogion* diríamos que Dios es algo mayor que lo cual nada puede ser pensado.

Así presentado el comienzo del asunto, parecería que no conviene hablar de un *dictado* de las cosas de Dios, sino más bien de una *propuesta*, una *invitación* al

encuentro con un Misterio inabarcable.¹ Por ello, en los *Ajustes Metodológicos* elaborados para el Ciclo Humanista Cristiano de la UCA se señala que “los docentes hagan una cuidadosa selección de algunos pocos aspectos de esos temas” con el fin de no agobiar a los alumnos. La arbitrariedad del dictado sugiere imposición, listado de contenidos, memorización sin experiencia, sujeto por objeto, atildamiento de ítems cumplidos, objetivos alcanzados o no alcanzados. En fin, la “tendencia a pensar que todos los alumnos de la Universidad deben especializarse en filosofía y en teología” (UCA, 2012, 1), indica el documento antes citado.

La cuestión interdisciplinaria o la colaboración efectiva entre saberes, es algo fomentado con fuerza desde el año 1979 con la Constitución Apostólica de Juan Pablo II, *Sapientia Christiana*. La citamos: “La colaboración entre Facultades, bien sea de una misma Universidad, bien de una misma región o de un territorio más amplio, deberá ser promovida diligentemente. En efecto, ello será de gran ayuda para fomentar la investigación científica de los profesores y la mejor formación de los alumnos, así como para conseguir la comúnmente llamada «relación interdisciplinaria», que se hace cada vez más necesaria; igualmente para desarrollar la «complementariedad» entre las distintas Facultades; en general, para lograr la penetración de la sabiduría cristiana en toda la cultura”. (Juan Pablo II, 1979,64).

2. El Misterio de Dios y la multiplicidad de los lenguajes.

Frente a esta concepción interdisciplinaria se presentan entonces los esfuerzos del lenguaje docente que, sin violentar la grandeza del Misterio y respetando las limitaciones frente al infinito, intentan *digerir para hacer captable*.

Así encontramos, por ejemplo, en la teología sobre el Hijo de Dios, llamada *crisología*, el aporte de un teólogo belga que sostiene que “es precisamente en la capacidad y en la calidad de relación entre dos términos donde mejor se experimenta la auténtica realidad del uno y del otro” (Gesché, 2013, 9). De allí surge su propuesta de permitir que los lenguajes se crucen, particularmente el teológico, para enriquecerse, según este teólogo, desde la poesía, la narrativa, el lenguaje pictórico, la filosofía y sus discursos, la música, la escultura, y otros.

Tal vez nos vienen a la memoria las palabras de Pablo² cuando dice: “Los alimenté con leche y no con alimento sólido, porque aún no podían tolerarlo, como tampoco ahora”. Y aquí parece señalar que de alguna manera se puede crecer en el conocimiento, pero no darlo por concluido o del todo consumido al modo de la posesión de una cosa.

Al hablar de *digerir* nos estamos refiriendo a la tarea de traducción, al dar nuevas formas de esplendor de una verdad que no se dice desde el monopolio de un solo

¹ “Dado el tiempo reducido con que se cuenta para el dictado de estos cursos, tampoco puede pretenderse una exposición exhaustiva de los temas seleccionados. Esto requiere que los docentes hagan una cuidadosa selección de algunos pocos aspectos de esos temas que puedan ser dictados con calma y en diálogo con los alumnos, evitando detenerse en discusiones de escuelas, en largas introducciones históricas, en críticas de autores, en análisis de documentos o en descripciones bibliográficas”. UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA, *Ajustes Metodológicos del Ciclo Humanista Cristiano*, 5, 2012.

² San Pablo, 1 Corintios, 3, 2.

lenguaje. Nos referimos así, también, al acto de *pasar por uno mismo* antes de entregarlo a otro. Reconociendo que solo es comunicable lo que fluye desde lo hondo del sujeto dicente y no lo que se balbucea con la mera pronunciación o repetición de sonidos. *Digerir* habla de pasión, de proceso interior, de reposo contemplativo, de esa creatividad de amanecer que antecede el deslumbramiento de una clase en la academia. También nos invita a pensar en la donación de uno mismo, ya que el lenguaje sobre Dios, considerado de esta manera, será un lenguaje afectado o quebrado por el cruzamiento con nuestra subjetividad. Este *lenguaje quebrado*³ propuesto es, según algunos filósofos de la hermenéutica, una *refiguración*. “El trabajo de pensamiento *que opera* en toda configuración narrativa termina en una *refiguración* de la experiencia temporal” (Ricoeur, 2006). Como aquel brindar algo de sí sobre aquello que queremos transmitir. Podríamos preguntarnos si puede llegar a existir, a no ser que sea la mera lectura de un texto adoptado ajeno, un lenguaje que sea impermeable a esas refiguraciones que lo *inyectan* de algo nuestro. Más directo: todo lenguaje o acción de decir algo sobre algo lleva en sí la afectación o *digestión* de aquel que lo lee y lo transmite.

Pero en la dinámica de la intersubjetividad del aprendizaje, y en nuestro caso, de la teología en las facultades no teológicas de Universidad confesional, no solo se hace notoria la necesidad de la transformación vital del lenguaje, sino que ésta sucede por la necesidad de ser *captable*. No se duda del reclamo de ciertas nomenclaturas y estructuras de lenguaje científico teológico. El lenguaje científico de la teología permite proteger frente a expresiones que desde su ambigüedad puedan generar más confusión que aclaraciones. Por otro lado, también facilita el “ponerse de acuerdo” y “saber de qué estamos hablando” cuando las expresiones científicas aglutinan los pensamientos en torno a sí.

El hombre tiene necesidad de que las realidades relatadas le lleguen de modo adecuado; y adecuado no tiene aquí la acepción de “correcto”, sino de “amoldado”. Un lenguaje con “una forma” capaz de ser recibido. Por tal motivo, cuando se habla de la necesidad de la *ficción* para que el lenguaje sea más universal, se hace referencia a ese *ingere* latino que significa: “dar forma con los dedos”. “En primer lugar, afirma Ricoeur, vamos a cruzar esta zona crítica con el fin de repensar de manera diferente esta relación demasiado rudimentaria y demasiado directa entre historia y vida, repensándola de tal forma que la ficción contribuya a hacer de la vida, en el sentido biológico del término, una vida humana” (Ricoeur, 2006, 9).

Avanzando un poco más advertimos que cuando decimos “el hombre tiene necesidad...” nos estamos refiriendo a un hombre concreto, de contexto concreto, de edad determinada, con ciertas características educacionales, etc. Por lo tanto, no es solo imprescindible un lenguaje humano, sino también, que se encuentre adaptado a determinadas realidades de captación comprensiva.

Esta nota antropológica es mucho más abarcadora y compleja que el mero aprender. Y en este sentido dice el papa Benedicto: “Un saber auténtico sobre Dios

³ “La *Metáfora viva* había constituido la ocasión para una proposición arriesgada: la extensión de la distinción entre sentido y referencia a los enunciados metafóricos [...]. Había hablado así, siguiendo a R. Jakobson, de referencia «dividida», «quebrada»; las expresiones metafóricas, según esta hipótesis, no se limitaban a una creación de sentido en una nueva pertinencia semántica, sino que contribuían a una redescritión de lo real y, más generalmente, de nuestro ser-en-el-mundo, en virtud de la correspondencia entre un ver-como en el plano del lenguaje y un ser-como en el plano ontológico”. M. F. BEGUÉ, *Paul Ricoeur: la poética del sí-mismo*, Biblos, Buenos Aires, 2003, 45. También en P. RICOEUR, *Autobiografía intelectual*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1997, 75.

que involucra toda la persona humana: es un «saber», esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo de existir, un modo alegre de estar en el mundo” (Benedicto XVI, 2012).

3. En el estilo de una propuesta atrayente que evita el dictado de principios

Raimon Panikkar sostenía que “la razón racionante no da, ciertamente, saltos; procede *componendo et dividendo*, como decía la Escolástica. Es cuando el intelecto se deja fecundar por el amor cuando da realmente saltos aunque el primero deba luego «verificarlos». La experiencia da ciertamente el salto hacia la actualización de su propia experiencia saltándose por encima de la continuidad racional y encontrando en la acción el criterio de su autenticidad. De ahí la creatividad de la experiencia y su peligrosidad, puesto que puede transformar nuestras vidas” (Panikkar, 2008, 164).

Por lo tanto, un docente de teología en facultades de especialización no teológica, podría preguntarse hasta dónde interesaría enumerar los datos de una razón racionante, en filigranas de conclusiones fomentadas para que el dogma permanezca preservado y que el lenguaje sea puro.

Dejando al vuelo el discernimiento se entiende que la verdad de un dogma tiene como fuente una revelación gratuita. Por otro lado, y no menos cuestionadora, es el tema del lenguaje puro. ¿Será puro un lenguaje que surgió mil años después de la experiencia fundacional? ¿Será puro un lenguaje que Jesús no habló, ni sobre el cual construyó su estilo?

Nos preguntamos si desde la óptica empobrecida de un trámite académico de orden simplista podemos contentarnos con *dictar algo para ser aprendido* en lugar de *proponer algo para ser contemplado*. En una Audiencia General decía el papa Benedicto: “Estas verdades no son un simple mensaje sobre Dios, una información particular sobre Él. Expresan el acontecimiento del encuentro de Dios con los hombres, encuentro salvífico y liberador que realiza las aspiraciones más profundas del hombre” (Benedicto XVI, 2012).

Como docentes de teología no estamos frente a sujetos vacíos que nos colocan en el desafío de llenar esas “carencias del aprendiz” proyectando el “éxito docente” de las preguntas bien respondidas. Así se entendería una docencia teológica oscurecida por la gestión y el despacho de unidades temáticas.

Colocarnos como docentes en la premisa de lo *captable* es no solo respetar el Misterio que nos convoca como profesores de teología, sino también la honestidad de establecerse frente al misterio mismo del alumno.

Por ejemplo, en la dinámica de la teoría de la *Triple Mímesis*, ofrecida por Paul Ricoeur, los sujetos se incluyen dentro de una línea de tradición textual. El relato que surge de la historia, también la genera. Y así como nadie escapa de la afectación de lo que recibe, tampoco nadie escapa de afectar lo que uno entrega.

Entendidas así las cosas comprendemos que al momento de *informarse* un alumno, él mismo también *da forma* a lo que recibe, lo *capta* en la riqueza de innumerables factores que colorean, refiguran y asimilan de modo único, aunque no de único modo, lo que implicaría una imposible y desagradable uniformidad.

4. Hacia un lenguaje que involucra y no ahoga

El discurso teológico versa sobre Dios o, para respetar la inmensidad inabarcable de este particular que es Aquel Infinito, sobre la Belleza de Dios. Esta belleza se expresa en lo que Él muestra como esplendor y gloria de sí mismo. Y para que este discurso, siempre razonable, sea no solo efectivo por sus enunciados, sino atractivo por la belleza de su Objeto, es necesario permitir “cruces” con otros discursos. Se reconoce así que la Belleza de Dios puede ser dicha de diversos modos. Durante aquella misma Audiencia General el papa Benedicto decía: “El misterio no es irracional, sino sobreabundancia de sentido, de significado, de verdad. Si, contemplando el misterio, la razón ve oscuridad, no es porque en el misterio no haya luz, sino más bien porque hay demasiada” (Benedicto XVI, 2012).

Como “la teología supone otros saberes, quiere compartir racionalidad, lenguajes y significatividad con ellos, pero como tal tiene una palabra propia y, por ello, tiene derecho a ser convocada a la mesa del sentido” (Gesché, 2004, 12)

Será el motivo de una propuesta concreta de brindar luces sobre un aspecto del lenguaje de la enseñanza teológica en ambientes no teológicos (en sentido estricto): una teología que para hacer viable su contenido, escucha y toma en cuenta lo circundante de la realidad juvenil universitaria. Una teología que toma conciencia de que para salir al encuentro del joven estudiante se debe conocer, sin absorber en una asimilación, a aquella alteridad que se abre en escucha de los discursos. Pero este conocer no es solamente permanecer informado, sino que es, dinámicamente, asumir al otro, visitarlo, despojarse para hacerse prójimo.

Como docentes podemos *decir* que conocemos la idiosincrasia, la psicología y los mecanismos estudiantiles que nos rodean, pero otra cosa es *actuar* en consecuencia a estos contextos.

La *proximidad* interdisciplinaria que se refiere al lenguaje, y la *proximidad* intersubjetiva que se realiza en el encuentro docente-alumno, como actitud samaritana, invita al deslinde de los senderos marcados para animarse a la banquina existencial del otro, donde la verdad es mejor aprendida y enseñada.

Esta actitud, que tiene mucho de conmiseración, implicará replantearse el modo de transmitir contenidos. Se pondrá en juego, entonces, no solo la idoneidad académica, sino también la creatividad docente que ejerce un moldeado del lenguaje para que éste *diga más* a los jóvenes universitarios y no solo *lo que se debe decir*. Nadie mejor que Pablo ejerció este carisma de oportunidad en el Areópago de Atenas.

A esto mismo se refiere la espiritualidad, por ejemplo, cuando se refiere a las *periferias de la existencia*. El provocador llamado del universitario invita a descender de la soledad mayestática del docente para enriquecerse mutuamente y permitir el despliegue de aquello que el objeto contiene y que el sujeto desea, a veces, ignorando.

5. El lenguaje docente universitario en su misión de enseñar y evangelizar

El docente de teología en espacios no teológicos seguramente no podría ejercer el magisterio si no guardara en su interior la esperanza de una siembra en la persona del joven universitario. Esta siembra asume distintos niveles de interés personal y

performatividad en el sujeto de aprendizaje. No nos referimos a grandes conversiones ni a impactos sentimentales, más bien propios de otros ejercicios de la pastoral eclesial.

Exige un gran esfuerzo por parte del docente el intentar hacer lo más asimilable posible el contenido de la teología propuesta en el programa.

De esta manera, lograr el desempeño positivo académico del universitario es un primer nivel, y, a pesar de ser el primero, es de por sí una meta grande. Alcanzarla ya es de por sí, razón suficiente, aunque no plena.

Pero la vocación docente teológica no puede contentarse solo en alcanzar ese horizonte, bastante rasante. El corazón mismo de la Teología pide que esta sea un encuentro interpersonal y no solo un conjunto de verdades, por lo tanto es muy gratificante cuando el universitario hace preguntas, se cuestiona, se conmueven de modo positivo los cimientos de sus datos recibidos anteriormente con el objetivo de una profundización, o simplemente, tiene la necesidad de dar un salto cualitativo respecto a la noción de Dios que trae desde su infancia o adolescencia.

Por ello la cuestión del lenguaje es de suma importancia, ya que si el marco teológico se presenta como un dictado de artículos de fe prolijamente definida y armada para la memoria, no habrá lugar para diálogo, ni para la discusión de matices, ni se abre la posibilidad de *hacerlo propio*, oportunidad solo beneficiada gracias a un lenguaje diferente que incluya lo simbólico, dirigiéndose a la persona considerada de modo integral y no solo a transmisión de datos informativos.⁴

El único requisito académico para “aprobar” una materia teológica en cualquier facultad de la Universidad confesional es “rendir bien” desde “lo sabido por aprendizaje” sucedida la experiencia de clase. Pero, en otra instancia, más plena, la vocación docente teológica encontraría su cenit cuando el universitario estudiante no solo “rinde” o “se conmueve y cuestiona”, sino cuando, finalmente, “adhiera” y se coloca en camino discipular.

“Los caminos de Dios son misteriosos”⁵, y un teólogo no debe renunciar a esta dimensión de ser convocado para algo mucho más hondo que el mero dictado de informaciones. Dios puede valerse de una presentación de clase para convertir al Camino de Jesús a los alumnos. Por lo tanto, la presentación del Misterio de Dios en Jesucristo es más que una opción determinada por la voluntad que el docente procure. Los obispos latinoamericanos reunidos en Aparecida invitan a reunir la dimensión académica y la evangelizadora. “Las actividades fundamentales de una universidad católica deberán vincularse y armonizarse con la misión evangelizadora de la Iglesia” (Aparecida, 2007, 341). Por lo tanto, es bueno cuestionar el ejercicio docente de la teología que pretenda solo limitarse a una “buena clase” para que sea “bien aprendida”.

⁴ Ricoeur, Paul, *Hermenéutica y acción*, Prometeo, Buenos Aires, 2008, 28: “La «Salida de sol», aquel poema de Wordsworth, significa más que el simple fenómeno meteorológico. Como en la teoría de la metáfora, este exceso de significación puede ser opuesto a la significación literal pero bajo la condición de que podamos oponer al mismo tiempo estas dos significaciones. Hay dos niveles de significación sólo para la interpretación y, dado que hemos elaborado un nivel literal de interpretación, podemos hablar de símbolo como de exceso de sentido, no siendo este exceso sino el residuo de una interpretación literal. Pero, para aquel que participa de la significación simbólica, no hay dos significaciones, una literal y otra simbólica, sino un único movimiento que nos transfiere de un nivel al otro y que nos asimila a la significación segunda gracias a —o a través de— la significación literal”.

⁵ Cf. Isaías 55,8-9, Romanos, 11,33.

En una línea más integradora y contemplativa que intenta superar los requisitos académicos, continúan los obispos, “las universidades católicas habrán de desarrollar con fidelidad su especificidad cristiana, ya que poseen responsabilidades evangélicas que instituciones de otro tipo no están obligadas a realizar. Entre ellas se encuentra, sobre todo, el diálogo fe y razón, fe y cultura, y la formación de profesores, alumnos y personal administrativo a través de la Doctrina Social y Moral de la Iglesia, para que sean capaces de compromiso solidario con la dignidad humana y solidario con la comunidad” (Aparecida, 2007, 342).

El dirigir una palabra de Dios al corazón no es solo labor de las Áreas Pastorales o aquellas destinadas estrictamente a la tarea evangelizadora de un centro académico, también es oficio propio del espacio docente y áulico.

6. En el camino del Misterio narrado

Considerando la actual realidad científica que busca encontrarse con otras disciplinas para enriquecerse desde el diálogo con otro, resulta evidente la necesidad de recuperar la conciencia de la oportunidad evangelizadora de la teología en las Facultades de la Universidad confesional.

Habrá que analizar en profundidad cuáles son los lenguajes que permitan, por un lado, ser atractivos para el alumno, y por otro, respetuosos con el objeto de estudio.

Tengamos en cuenta que en el transcurso de la década de los ´70, a nivel católico, se yergue una propuesta enraizada en estudios más o menos contemporáneos a ella, que consideran la cuestión de “lo narrativo”. A nivel católico es paradigmática la aparición de un volumen de la *Revista Concilium*⁶ que aglutina varios estudios al respecto. El proceso es muy largo y bastará en esta ocasión resumirlo en estos pasos: desde vertientes lingüísticas, filosóficas y teológicas surge una propuesta católica que tuvo en su momento mucha resonancia. Europa acompañó este modelo por un tiempo,⁷ y luego lo consideró menor entre otros. Latinoamérica se plegó a las mociones europeas. Pero en Norteamérica esta cuestión tuvo diferentes desenlaces, ya que hasta el día de hoy sigue siendo abundante la producción de bibliografía que tiene en cuenta lo oportuno de la propuesta narrativa para el discurso teológico. La bibliografía sobre el tema se divide en dos grandes familias: aquella referente a diferentes disciplinas teológicas que adoptaron el estilo narrativo para la presentación de sus especialidades (sacramentología, cristología, eclesiología, soteriología), y aquellos otros estudios que analizan la aplicación del modelo, desde espacios de la teología fundamental.

Señalemos, para los que no están familiarizados en el tema, que lo narrativo en teología no hace referencia a la incorporación de literatura como fuente de esta ciencia (cuestión, por cierto, muy positiva), sino que es la transformación o adecuación del lenguaje teológico a los paradigmas no articulados, no definitorios, no declarativos ni dogmatizados.

⁶ *Revista Concilium* (1973), número 85.

⁷ La abundancia de autores y bibliografía es un universo casi inabarcable, aunque estoy en camino de sistematización del estudio del surgimiento de la propuesta narrativa en mi etapa de estudio doctoral teológico. (puede consultarse la bibliografía propuesta en el Proyecto del doctorado).

Se hace referencia, más bien, a los caminos de conocimiento nuevos, que se abren y a la contemplación distinta sobre el Misterio, que la prosa y el relato ofrecen como estructura de argumentación en torno al discurso sobre Dios.

La consideración antropológica acompaña y promueve la elección del lenguaje narrativo en teología por sus bondades comunicativas. Gnoseológicamente hablando, el hombre comprende desde la narración de historias de modo más profundo que desde la memorización fría de datos. La capacidad que encierra el relato para colocar en armonía lo disperso, llamado por la hermenéutica: “síntesis de lo heterogéneo”, va acompañada de otra potencia positiva: la apertura que genera el relato para hacer sentir involucrado al lector en la trama y en el mundo que ese texto despliega, y provocar en la consideración de su vida el reordenamiento de todo aquello que en sí mismo se presentaba como disgregado.

En otras palabras, la historia presentada en el relato, o los datos teológicos ordenados de modo narrativo, regalan al lector-alumno la posibilidad de “entramarse” desde ese tejido textual. “Entramarse” señala al involucramiento de la propia vida que se deja “dar forma” por las insinuaciones textuales.

Por lo tanto, una clase de teología brindada desde las coordenadas de una historia narrada, desde una comprensión “devanada” de los acontecimientos redentores, es mucho más elocuente y convocante que otros modelos pedagógicos que proponen impartir teología desde la enumeración, o desde la suma de verdades, o el recuento sistematizado de dogmas.

Teniendo en cuenta estos párrafos, pareciera que el compromiso educativo del teólogo no debería contentarse con la prolijidad del cumplimiento programático, sino, más bien, alcanzar un nuevo sentido al provocar, al menos, la curiosidad por Dios, que de modo personal y comunitario, interpela y llama esperando una respuesta.

El teólogo belga Adolphe Gesché, por ejemplo, esgrime todos los argumentos negativos de una teología cristológica dada solo desde el dogma o solo desde la historia, presentando ese camino intermedio, que él denomina *tertium narrativo*, que incluye una y otra orilla, las enriquece en virtud del encuentro y se convierte en modelo cristológico de poder transformante, podríamos decir también, catártico. “Se trata de un acontecer lingüístico, sostendrá en la misma línea Gadamer, de una traducción de un lenguaje a otro, es decir, de la relación entre dos lenguajes. Ahora bien, como no es posible trasladar de un lenguaje a otro lo que se ha dicho sino de una vez que se ha entendido su sentido, y entonces se da a ese sentido una estructura nueva en el *medium* de otro lenguaje, vemos que semejante acontecer lingüístico presupone el acto de entender” (Gadamer, 2013, 152-153).

La vinculación docente-alumno se vería también enriquecida desde la perspectiva narratológica, ya que los otros modelos, más esquemáticos y “duros”, generan un estilo de posición bilateral marcada por la discusión que dirime entre lo correcto y lo incorrecto, lo aceptado y lo no aceptado. El perfil narrativo de la teología cambia la relación y la convierte en dialógica.⁸ Cuando hablamos de *dialógica*, no estamos

⁸ Aparecida, 336: “Por lo tanto, la meta que la escuela católica se propone, respecto de los niños y jóvenes, es la de conducir al encuentro con Jesucristo vivo, Hijo del Padre, hermano y amigo, Maestro y Pastor misericordioso, esperanza, camino, verdad y vida, y, así, a la vivencia de la alianza con Dios y con los hombres. Lo hace, colaborando en la construcción de la personalidad de los alumnos, teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida. Tal referencia, al hacerse progresivamente explícita e interiorizada, le ayudará a ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como Él lo hace, a elegir y amar como Él, a cultivar la esperanza como Él nos enseña, y

haciendo referencia a lo *discutible*. El campo de estudio se hace más desafiante. El Misterio se respeta sin caer en encasillamientos positivistas; y las opiniones, sin caer en arbitrariedades sobre las verdades de la fe, brindan el carácter de alteridad que la teología reclama, ya que estamos hablando de un Dios que sale al encuentro con el hombre y recorre sus caminos respetando sus procesos.⁹

El estilo narrativo en la teología universitaria educa en la escucha y el diálogo, en el discernimiento como ejercicio y en la ponderación de modos distintos de vivir. La vida, desde una teología así compartida, no se enfrenta con fórmulas que se dictan desde el monólogo, sino con una cuestión vital que involucra.¹⁰

La llegada de lo narrativo en las clases de teología en la universidad es una puerta que coloca al diálogo como ejercicio compartido que busca la verdad. El docente también se coloca en un lugar discipular, de escucha y respeto. Renuncia a ser alguien que “ha visto la verdad” y la transmite a los “ignorantes”, sino que es alguien que vive desde un encuentro vital con el Dios que enseña e invita a otros a colocarse en este camino de asombro permanente y siempre abierto.

BREVE CONCLUSIÓN

Podríamos preguntarnos si todavía es posible una teología universitaria sin pretensión de afectación en la fe como experiencia. Esta hipótesis no encuentra amparo desde una vocación inquieta del docente que busca provocar el encuentro y no solo el saber. “En estos terrenos, dice Gadamer, no se puede saber de la misma manera que se adquiere saber en las modélicas ciencias naturales por medio de la medición y de las matemáticas. Para ello se necesita un don distinto” (Gadamer, 2013,137).¹¹

¿Puede contentarse la teología en la impartición del Misterio sin la posibilidad de propuesta en el seguimiento discipular? Sería fundamentalista la teología caída como un ladrillo a ser apresado. “No es posible entender si uno no quiere entender, es decir, si uno no quiere que le digan algo” (Gadamer, 2013, 152-155). La teología en el espacio universitario, no es ladrillo ni se apresa. No se encorseta ni se cautiva. De alguna manera es huidiza, porque continúa, así, provocando un deseo, excitando una búsqueda. “Una especie de expectación del sentido rige desde un principio el esfuerzo por lograr la comprensión” (Gadamer, 2013, 152-155).

La teología de estilo narrativo protege estos postulados en busca de un *plus de sentido* que proponga nuevos senderos al alumnado universitario.

Hernán Pablo Fanuele

a vivir en Él la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por la fecundidad misteriosa de esta referencia, la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida.”

⁹ Aparecida, 334: “Educación que ofrezca a los niños, a los jóvenes y a los adultos el encuentro con los valores culturales del propio país, descubriendo o integrando en ellos la dimensión religiosa y trascendente. Para ello, necesitamos una pastoral de la educación dinámica y que acompañe los procesos educativos.”

¹⁰ Podríamos aquí hacer referencia a toda una línea de pensamiento filosófico, por ejemplo: J. L. CHRÉTIEN, *La llamada y la respuesta*, Madrid, Caparrós Editores, 1997.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Anselmo de Canterbury. (1984) *Proslogion*, Capítulos II-IV. Trad. Esp. De Manuel Fuentes Benot. Barcelona: Orbis, pp. 56-59.

Benedicto XVI. (2012) *Audiencia General*, Sala Pablo VI, Miércoles 21 de noviembre de 2012.

Chrétien, J. L. (1997) *La llamada y la respuesta*. Madrid: Caparrós Editores.

Gadamer, G. (2013) “La estética y la hermenéutica”, en *Hermenéutica, estética e historia*. Sígueme: Salamanca.

- (2013) “De la palabra al concepto”, en *Hermenéutica, estética e historia*. Sígueme: Salamanca.

Gesché, A. (2013) *Jesucristo*. Salamanca: Sígueme.

- (2004) *El sentido*. Salamanca: Sígueme.

Juan Pablo II. (1979), Constitución Apostólica *Sapientia Christiana*.

Panikkar, R. (2008) *De la mística. Experiencia plena de la vida*. Barcelona: Herder, 164.

Ricoeur, P. (2006) “La vida: un relato en busca de narrador”, *Ágora* 25.2 (2006) 9-26.

- (2006) *Tiempo y relato*, vol. III. México: Siglo XXI.

Universidad Católica Argentina. (2012) Ajustes Metodológicos del Ciclo Humanista Cristiano, 5.